

HOMERO

ODISEA

Notas de lectura para Nadadores

j.emilio.sola@gmail.com

Colección: Bibliografía recomendada, Nadadores
Fecha de Publicación: 21/07/2019
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

HOMERO: ODISEA

Traducción de Luis Segala y Estalella.

Madrid, 1960, Aguilar.

Los dibujos de John Flaxman, de la edición de Londres de 1805.

¡Heraldo! ¿Por qué se fue mi hijo? Ninguna necesidad tenía
de embarcarse en las naves de ligero curso,
que sirven a los hombres como caballos por el mar y atraviesan
la grande extensión de agua. ¿Lo hizo acaso
para que ni memoria quede de su nombre entre los mortales?

(Rapsodia IV. Lo de Lacedemonia.
Penlopea, ante el heraldo Medonte (p.108)

El inicio de la Odisea (“Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio...”) es un puro canto a la providencia de los dioses que se reúnen para ver qué hacer con un Odiseo, amado por muchos de ellos, sobre todo Atenea, pero al que Poseidón – Posidón en esta traducción clásica de Segala y Estalella – persigue con saña. El texto, ya fijado en el siglo VI a.e.c., está dividido en XXIV rapsodias y las primeras se dedican a glosar el viaje de Telémaco, el hijo del protagonista, en busca de noticias de su padre, al que siguen esperando aunque hace veinte años ya que falta de su casa. Hasta la rapsodia V no aparece el protagonista, retenido por Calipso en su isla pero con ganas de regresar a su tierra. Y es en ese episodio en donde aparece la figura del Nadador, guía retórica de estas notas de lectura.

LA SALVACIÓN A NADO

(Rapsodia V, La balsa de Odiseo, pp. 127-134)

Tras ayudarle Calipso a construir una balsa, en pleno viaje, Poseidón le envía una tempestad que le hace zozobrar y sale nadando hasta la balsa; luego la abandona por consejo de Ino Leucotea, quien le da un velo para que le ayude y proteja sobre las olas; así, nadando alcanza la tierra de los feacios con la ayuda de un río y se recupera en tierra:

[...] vino una grande ola que desde lo alto cayó horrendamente sobre Odiseo e hizo que la balsa zozobrara. Fue arrojado el héroe lejos de la balsa, sus manos dejaron el timón, llegó un horrible torbellino de mezclados vientos que rompió el mástil por la mitad, y la vela y la entena cayeron en el ponto a gran distancia. Mucho tiempo permaneció Odiseo sumergido, que no pudo salir a flote inmediatamente por el gran ímpetu de las olas y porque le pesaban los vestidos que le había entregado la divina Calipso.

Sobrenadó, por fin, despidiendo de la boca el agua amarga que asimismo le corría de la cabeza en sonoros chorros. Mas, aunque fatigado, no perdía de vista la balsa; sino que, moviéndose con vigor por entre las olas, la asió y se sentó en medio de ella para evitar la muerte. El gran oleaje llevaba la balsa de acá para allá, según la corriente. Del mismo modo que el otoñal Bóreas arrastra por la llanura unos vilanos, que entre sí se entretajan espesos, así los vientos conducían la balsa por el piélago, de acá para allá: para que se la llevase, y en otras ocasiones el Euro la cedía al Céfiro a fin de que éste la persiguiera.

Pero vióle Ino Leucotea, hija de Cadmo, la de pies hermosos, que antes había sido mortal dotada de voz, y entonces, residiendo en el fondo del mar, disfrutaba de honores divinos. Y como se apiadara de Odiseo, al contemplarle errabundo y abrumado por la fatiga, transfiguróse en mergo, salió volando del abismo del mar y, posándose en la balsa construida con muchas ataduras, díjole estas palabras:

Ino.- ¡Desdichado! ¿Por qué Posidón, que sacude la tierra, se airó tan fieramente contigo y te está suscitando multitud de males? No logrará anonadarte por mucho que lo anhele. Haz lo que voy a decir, pues que figuro que no te falta prudencia; quítate esos vestidos, deja la balsa para que los vientos se la lleven y, nadando con las olas, procura llegar a la tierra de los feacios donde la Parca ha dispuesto que te salves. Toma, extiende este velo inmortal debajo de tu pecho, y no temas padecer, ni morir tampoco. Y así que toques con tus manos la tierra firme, quítatelo y arrójalo en el vinoso ponto, muy lejos del continente, volviéndote a otro lado.

Dichas estas palabras, la diosa le entregó el velo y, transfigurándose en mergo, tornó a sumergirse en el undoso ponto y las negruzcas olas la cubrieron. [...]

Odiseo duda de hacerlo al pie de la letra: “mientras los maderos estén sujetos por las clavijas, seguiré aquí y sufriré los males que haya de padecer, y luego que las olas deshagan la balsa me pondré a nadar; pues no se me ocurre nada más provechoso.” Poseidón le envía una nueva ola gigante que le desbarató la balsa y hubo de echarse al mar.

Pero Odiseo asió una de las tablas y se puso a caballo en ella; desnudó los vestidos que la divinal Calipso le había regalado, extendió prestamente el velo debajo de su pecho y se dejó caer en el agua boca abajo, con los brazos abiertos, deseoso de nadar.

Poseidón se retira, al fin, y Atenea protegió de nuevo a su héroe.

Dos días con sus noches anduvo errante el héroe sobre las densas olas, y su corazón presagióle la muerte en repetidos casos. Mas, tan luego como la aurora, de hermosas trenzas, dio principio al tercer día, cesó el vendaval, reinó sosegada calma y Odiseo pudo ver desde lo alto de una ingente ola y aguzando mucho la vista, que la tierra se hallaba cerca. Cuan grata se les presenta

a los hijos la vida de un padre estaba postrado por la enfermedad y padecía graves dolores, consumiéndose desde largo tiempo a causa de la persecución de horrendo numen, si los dioses le libran felizmente del mal, tan agradable apareció para Odiseo la tierra y el bosque. Nadaba, pues, esforzándose por asentar el pie en tierra firme; mas, así que estuvo tan cercano a la orilla, que hasta ella hubieran llegado sus gritos, oyó el estrépito con que en las peñas se rompía el mar.

Odiseo duda qué hacer, pues teme morir en las rocas, en el “pétreo peñasco”. La otra alternativa – “Más si voy nadando en busca de una playa o de un puerto de mar...” – teme que el mar tempestuoso le arrastre de nuevo al ponto, a alta mar, o algún monstruo marino enviado por algún dios le haga sucumbir. Nuevamente, bajo la protección de Atenea, y tras evitar una nueva ola, consiguió llegar a tierra.

Y allí acabara el infeliz Odiseo, contra lo dispuesto por el hado, si Atenea, la deidad de los ojos de lechuza, no le inspirara prudencia. Salió a flote y, apartándose de las olas que se estrellan con estrépito en la ribera, nadó a lo largo de la orilla, mirando a la tierra, por si hallaba alguna playa que las olas batieran oblicuamente o algún puerto de mar. Mas, como llegase nadando a la boca de un río de hermosa corriente, el lugar parecióle muy a propósito por carecer de rocas y formar un reparo contra el viento.

Allí devolvió el velo a la corriente del río que lo llevó a alta mar y lo condujo hasta su dueña Ino y él se adentró en la tierra y buscó protección entre un olivo y un acebuche... Terminaba su peligrosa aventura de Nadador. Es allí en donde se encontrará con Nausicaa y sus doncellas, que habían acudido a aquel río para lavar sus ropas.

Más tarde, (VII, En el palacio de Alcínoo), Odiseo evoca ante el rey Alcínoo, padre de Nausicaa, su salvación a nado, después de navegar en la balsa diecisiete días por el ponto, de esta manera:

Mas aún había de encontrarme con grandes trabajos que me suscitaría Posidón, que sacude la tierra; el dios levantó vientos contrarios impidiéndome el camino, y conmovió el mar inmenso: de suerte que las olas no me permitían a mí, que daba profundos suspiros, ir en la balsa, y esta fue desbaratada muy pronto por la tempestad. Entonces nadé, atravesando el abismo, hasta que el viento y el agua me acercaron a vuestro país. Al salir del mar, la ola me hubiese estrellado contra la tierra firme, arrojándome a unos peñascos y a un lugar funesto; pero retrocedí nadando y llegué a un río, paraje que me pareció muy oportuno por carecer de rocas y formar un reparo contra los vientos. Me dejé caer sobre la tierra cobrando aliento; pero sobrevino la divinal noche y me alejé del río, que las celestiales lluvias alimentan, me eché a dormir entre unos arbustos, después de haber amontonado serojas a mi alrededor, e infundióme un dios profundísimo sueño.

Es ante Alcínoo, padre de Nausicaa y rey de los feacios, ante quien Odiseo desgrana la narración de las aventuras que, desde la salida de Troya hasta su llegada allí como náufrago nadador, constituyen el núcleo central de la Odisea; todo ello ocupa hasta el canto XII, o “rapsodia”, como nombra de manera innovadora el traductor en esta versión, con los episodios del canto de las Sirenas, Escila y Caribdis y el incidente con las Vacas del Sol. El regreso a casa, a Ítaca, cargado de regalos, fue en una nave de los feacios; estos depositaron a Odiseo, aún dormido, en una playa, dejando al pie de un olivo sus regalos, y regresaron a su tierra. El dios Poseidón – Posidón, como se escribe en esta versión – convertirá a esta nave en monte de piedra que oculte a la ciudad de Alcínoo con permiso de Zeus, para castigarle por haber llevado a Odiseo a su tierra a pesar de sus maldiciones. Pero esa ya es otra historia...

COMO NADADOR FICTICIO LLEGA A LA PATRIA TIERRA

Ya en Ítaca, y con ayuda de Atenea, “la de los ojos de lechuza”, su protectora, quien le disfraza de viejo viajero, y tras encerrar su tesoro en una cueva, se encuentra con su fiel porquerizo, Eumeo, quien le acoge como huésped y a quien contará una historia ficticia de su viaje como cretense que también había estado en la guerra de Troya y allí había conocido a Odiseo incluso. Y en ese relato de su viaje fantástico, llega al país de los tesprotos, en donde lo acoge su rey Fidón, y en donde tiene noticias de Odiseo, también allí acogido, y que se prepara para volver a su “patria tierra”, como se define a lo largo del poema su país de origen. Embarcado en una nave con marineros tesprotos, el fingido cretense que era Odiseo fabuló su llegada a Ítaca tras otro episodio de Nadador:

Así que la nave surcadora del ponto estuvo muy distante de la tierra,
decidieron que hubiese llegado para mí el día de la esclavitud;
y desnudándome del manto y de la túnica que llevaba puestos, vistiéronme
estos miserables andrajos y esta túnica, llenos de agujeros, que ahora contemplan
con tus ojos. Por la tarde vinimos a los campos de Ítaca, que se ve de lejos;
en llegando, atáronme fuertemente a la nave de muchos bancos con una soga retorcida,
y acto continuo saltaron en tierra y tomaron la cena a orillas del mar.
Pero los propios dioses desligáronme fácilmente las ataduras; y entones,
liándome yo los andrajos a la cabeza, me deslicé por el pulido timón,
di a la mar el pecho, nadé con ambas manos,
y muy pronto me hallé alejado de aquéllos y fuera de su alcance. Salí del mar
a donde hay un bosque de florecientes encinas y me quedé echado en tierra;
ellos no cesaban de agitarse y de proferir hondos suspiros, pero al fin
no les pareció ventajoso continuar la busca y tornaron a la cóncava nave;
y los dioses me encubrieron con facilidad y me trajeron a la majada
de un varón prudente porque quiere el hado que mi vida sea más larga.

Es el canto o rapsodia XIV, “Odiseo conversa con Eumeo”. Un canto en el que el rapsoda se dirige directamente a Eumeo: “Y tú le respondiste así querido Eumeo” (pp. 322-323 de esta edición)... En los episodios o rapsodias siguientes se dará a conocer a su hijo Telémaco, que ha vuelto de su búsqueda de noticias

del padre, entra de incógnito, como mendigo en el palacio y observa el panorama de los pretendientes y sus festines, e incluso, aún de incógnito, ante su esposa Penlopea en esta traducción, evoca una historia personal ficticia, una vez más, pero en la que narra las noticias que tiene de Odiseo: "...Odiseo, que montó en la quilla de su nave, fue arrojado por las olas a tierra firme..." (XIX, Odiseo y Penlopea, p.431). Nuevamente la imagen del naufrago nadador. Y el lamento de la esposa fiel que espera: "los mortales envejecen presto en la desgracia". Será la anciana Euriclea quien primero descubra a Odiseo en el peregrino, por una cicatriz que le hiciera un jabalí cuando muchacho, en una visita a su abuelo materno Autólico y una cacería en el monte Parnaso: "Tú eres ciertamente Odiseo, hijo querido..." Ella, que le viera nacer, evocará también el nombre que le puso su abuelo materno Autólico, relacionado con la ira: "Como llegué aquí después de haberme airado contra muchos hombres y mujeres, yendo por la fértil tierra, sea Odiseo el nombre que se le ponga." Este capítulo clave, del primer reconocimiento en su propia casa – antes, a su llegada, un viejo perro moribundo le reconoció también antes de morir – termina con el llanto de Penlopea, "hasta que Atenea, la de los ojos de lechuza, le difundió en los párpados el dulce sueño".

De la matanza de los pretendientes – rapsodia XXII – sólo se salvarán el heraldo Medonte, por intercesión de Telémaco, y el aedo Femio; también ordenó matar Odiseo a doce de las cincuenta esclavas de su casa, señaladas por la vieja Euriclea, quien en su exposición dice mucho de esa cotidianidad y usos de ese mundo mediterráneo antiguo:

Cincuenta esclavas tienes en el palacio, a las cuales enseñé a hacer labores,
a cardar lana y a soportar la servidumbre; de ellas,
doce se entregaron a la imprudencia, no respetándome a mí ni a la propia Penlopea.
Telémaco ha muy poco que llegó a la juventud, y su madre
no le deja tener mando en las mujeres.

Tras limpiar de la sangre derramada de los pretendientes el palacio, los dos fieles criados de Odiseo, el boyero y el porquerizo, las ahorcaron, pues en palabras de Telémaco, "no quiero privar de la vida con muerte honrosa a estas esclavas que derramaron el oprobio sobre mi cabeza y sobre mi madre, durmiendo con los pretendientes". La muerte del prototipo de criado infiel, Melantio, a continuación, también fue modelo de crueldad, con matices y detalles que llegan a la modernidad y de manera natural aparecen en los múltiples relatos de la frontera mediterránea – trabajo forzado y crueldad – del primer capitalismo:

Después sacaron a Melantio al vestíbulo y al patio,
le cortaron con el cruel bronce las narices y las orejas;
le arrancaron las partes venerandas, para que los perros
las despedazaran crudas, y amputáronle las manos y los pies
con ánimo irritado.

El resumen moral del poema homérico parece resumirlo, en uno de sus perfiles principales, la vieja esclava Euriclea al revelarle a Penlopea, incrédula, el desenlace del regreso a casa de su esposo tras veinte años de ausencia (XXIII):

Por fin se cumplió aquel gran deseo: Odiseo tornó vivo a su hogar, hallándoos a ti y a tu hijo; y a los pretendientes que lo ultrajaban los ha castigado en su mismo palacio.

METÁFORA SUPREMA DEL NADADOR LIBERADO DEL INFORTUNIO

Tras las pruebas que Penlopea exige a su marido para convencerse de su identidad, la más definitiva fue la de la descripción de su lecho nupcial inamovible, pues su sustento era un olivo crecido en el patio de su palacio, en torno al cual había construido la habitación nupcial, con el olivo convertido, bien tallado y pulido, en soporte de su mismo lecho. Es el momento cumbre del reconocimiento, la descripción y evocación de Odiseo de su lecho nupcial:

Tal es la señal que te doy; pero ignoro, oh mujer, si mi lecho sigue incólume o ya lo trasladó alguno, habiendo cortado el pie de olivo.

Así lo dijo; y Penlopea sintió desfallecer sus rodillas y su corazón al reconocer las señales que Odiseo daba con tal certidumbre. Al punto corrió a su encuentro, derramando lágrimas; echóle los brazos alrededor del cuello, le besó en la cabeza y le dijo:

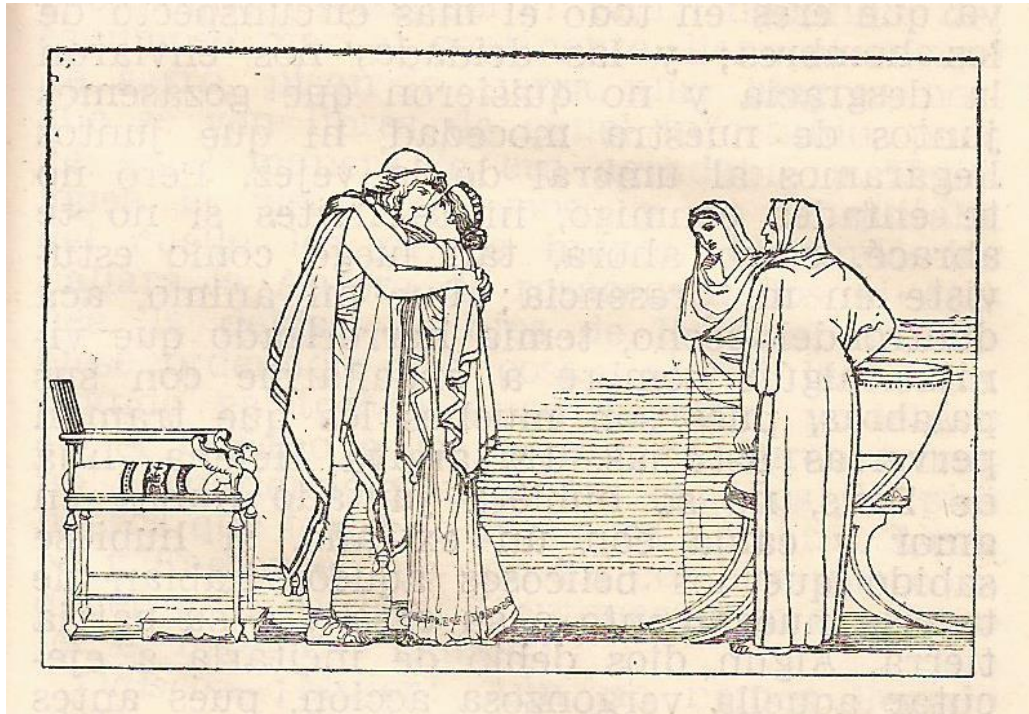
No te enojés conmigo, Odiseo, ya que eres en todo el más circunspecto de los hombres...

Y sigue así el discurso de Penlopea, en el que evoca su fidelidad como contraposición a la “argiva Helena”, que había juntado amor y cama en un extraño sin calcular los males que su hecho habían de traer a todos... Aquella guerra de Troya que había impedido a Penlopea y a Odiseo “que gozásemos juntos de nuestra mocedad, ni que juntos llegáramos al umbral de la vejez”. Y, así, culmina la escena del reconocimiento mutuo (XXIII, p. 510-511).

Diciendo de esta guisa, acrecentóle el deseo de llorar; y Odiseo lloraba, abrazado a su dulce y honesta esposa. Así como la tierra aparece grata a los que vienen nadando porque Posidón les hundió en el ponto la bien construida embarcación, haciéndola juguete del viento y del gran oleaje, y unos pocos que consiguieron salir nadando del espumoso mar al continente, lleno el cuerpo de sarro, pisan la tierra muy alegres porque se ven libres de aquel infortunio, pues de igual manera le era agradable a Penlopea la vista del esposo y no le quitaba del cuello los niveos brazos. Llorando los hallara la Aurora de rosáceos dedos, si Atenea, la deidad de ojos de lechuza, no hubiera ordenado otra cosa: alargó la noche, cuando ya llegaba a su término, y detuvo en el Océano a la Aurora de áureo trono, no permitiéndole uncir los caballos de pies ligeros que traen la luz a los hombres.

Sólo queda, en la rapsodia XXIV y final, la visita al padre anciano, Laertes, no en vano el regreso es a la patria tierra, la tierra del padre, clave en aquella cultura patriarcal que impregna todos estos relatos mediterráneos clásicos; y la reconciliación final por orden de los dioses con los parientes de los pretendientes, pues no en vano estos eran la juventud más granada de Ítaca y de las islas y tierras vecinas. Pues la cólera de Odiseo solamente la podían calmar los dioses.

La edición de la editorial Aguilar, de la colección Crisol, “directa y literal del griego por Luis Segalá y Estalella”, está ilustrada por 34 dibujos de John Flaxman, de la edición de Londres de 1805; he aquí uno de ellos, el del reconocimiento final de Odiseo y Penlopea.



FIN